

¿Por qué hay guerra en China?

por el P. Gaudencio Castrillo.

Desde la muerte del famoso Yuan Shi Kai, 1915, China quedó en la mayor orfandad, a merced de individuos sin habilidad, sin carácter y sin conciencia los más, pero llenos de condescendencia y torpes deseos y ávidos, por lo tanto, de encumbrarse, a expensas de sus conciudadanos, al supremo puesto del Estado, sin ganas ni intenciones, siquiera, de contribuir en poco ni en nada al florecimiento de esta desgraciada nación.

Li Yuen Hung, hombre honrado y laborioso a carta cabal, no fué secundado en sus empresas y naufragó, como naufragó, poco después, su inmediato sucesor, el general Feng Kuo Chang, discípulo predilecto y aprovechado del primer Magistrado de la República. A la caída de éste vino, con más ilusiones que méritos, a la presidencia, Hsu Chi Chang; pero nada pudo hacer ni conseguir, a pesar de sus esfuerzos en beneficio de la Patria, porque la guerra civil amenazaba en todos sus dominios, si dominios podemos llamar las provincias en que regía y no gobernaba, por hecho y voluntad de los generales que tenía como subalternos, señores exclusivos éstos de la parte ocupada por sus milites mal asalariados.

La huida de Li Yuen Hung de Peking, en su segunda etapa, con el sello de la primera magistratura, fué la brecha abierta para atacar la legalidad de la elección del nuevo presidente Hsao Kun. Las elecciones desviaron o más bien aplazaron el rompimiento de las hostilidades, pero no fué más que un compás de espera para prepararse los dos bandos contrarios y recrudecer más la contienda con los nuevos elementos que entre tanto aportasen. Se acercaron más los campos de la oposición y vinieron a entenderse por completo, cuando Chang Tso Lin se hubo repuesto del tremendo golpe que habían sufrido sus tropas de mano de Wu Pei Fu, el general más prestigioso de China.

Sun Yat Sen, Lu Yung Hsiang y Chang Tso Lin forman el triunvirato de la oposición. Este triunvirato se ha venido elaborando por lo menos hace año y medio, más que menos. En mayo de 1923 ya

se hablaba públicamente de las idas y venidas de los emisarios de una y otra parte, pero debió de estar algún tanto en estudio o más bien en gestación por los diferentes criterios e ideas, diametralmente opuestos los unos a los otros, que informan los programas o pragmáticas de estos tres partidos.

Las huestes del primero, célebre Doctor Sun Yat Sen, según acuerdos, se habían de movilizar de Cantón, invadiendo las provincias de Hunan y Hupeh para hacerse dueños de la línea férrea de Hankow a Peking, llamando así la atención del ejército de Chihli a fin de que al señor de la Manchuria le fuera más fácil desbaratarle y vencerle. La Yung Hsiang penetraría en la provincia de Kiangsu para apoderarse de la línea del ferrocarril de Shanghai-Pukow-Peking con el objeto de distraer y restar también fuerzas al ejército de Chihli, y así se encontraba éste con tres frentes a que atender en vez del único frente del Norte en el que todos ellos han cifrado sus esperanzas. Pero se han encontrado que Sun Yat Sen no ha podido responder a semejante llamamiento, por no estar segura su persona en la misma ciudad de Cantón, ni poder movilizar ninguno de sus batallones, y Lu Yung Hsiang se ha visto precisado a abandonar la provincia de Chekiang, de la que ha venido siendo dueño y señor por muchos años, y retirarse a un extremo de la provincia de Kiangsu, donde encontró a un general adicto a su causa, entregándole armas y bagages y poniéndose absolutamente a sus órdenes. Cuenta el general sometido al general Lu con los fuertes de Woosung, el arsenal de Kiangnan y una extensión reducida de terreno en la provincia de Kiangsu, único campo de operaciones que le queda al general Lu. El ejército de Fukien, adicto al gobierno de Peking, al mando del general Sun Chuan Ping, ha invadido la provincia de Chekiang y se aproxima a la de Kiangsu para dar la batalla a las tropas del general Lu, viéndose éste atacado, de la línea de Hanchow, por aquel general, y, de la línea de Nan-king, por el ejército a las órdenes del general Chi Hsieh Yuen.

El ejército de la Manchuria ha entrado en campaña con más bríos y arrestos guerreros que los de sus aliados, debido sin duda alguna a los refuerzos que los soviets rusos le han enviado, a los que ha prometido este general el oro y el moro, y a lo bien dispuestas que tiene éste sus tropas. Los elementos de combate con que cuenta Chang Tso Lin son muy superiores a los que tiene Wu Pei Fu y, sin embargo, no teme éste salir al encuentro de esa formidable invasión y abriga no solamente la esperanza, sino que tienen también completa convicción de vencer a su adversario.

Para esto ha pedido mano libre al Presidente de Peking con respecto a las operaciones, y dará cuenta de sus enemigos. Fún-

dase en la mayor pericia militar y en la mejor condición y disciplina de sus tropas.

Las tropas de sus adversarios cuentan desde luego con armamentos modernos; y muchos más y mejores son todos sus elementos de combate que los del ilustre General Wu Pei Fu.

Está visto que la herencia de Yuan Shi Kai todos la quieren recoger, pero en China no hay ningún hombre en la actualidad visible que la pueda defender con verdadero prestigio, como aquel coloso de la política China. Los pigmeos, que contribuyeron a su caída, no han hecho más que esquilmar al pueblo y demoler y arruinar a la Nación, cuando más necesitaba ésta de puntales y apoyos para su engrandecimiento. Han tomado las cosas del Gobierno y de la política, como de logro y encumbramiento, a expensas, claro está, de los contribuyentes. Y es lo peor que no se ve el fin de la contienda. ¿Cómo había de olvidar Chang Tso Lin la enorme tanda, recibida dos años ha, de Wu Pei Fu? ¿Cómo podían los del Club Anfu, entre ellos su jefe Tuan Chi Jui y su lugarteniente Lu Yung Hsiang, no recordar con profunda y amarga tristeza los aciagos días en que la mano airada y pesada de Wu Pei Fu destruyó y desbarató todo el tinglado político que habían armado los miembros de ese misterioso centro de Tientsin, salvándose todos ellos gracias a la protección de la legación japonesa, donde se acogieron como a tabla de salvación? ¿Y cómo, finalmente, el excéntrico Dr. Sun Yat Sen había de permitir, que otro y no él, ocupara la primera magistratura del país? Unos y otros han perdido la cara ante la faz del mundo y, sobre todo, entre los suyos, que es lo que más lastima a los naturales del país. En China «perder la cara» es... el acabóse, es el mayor descalabro que recibe, el que no ha sostenido su palabra o el que queda vencido de cualquier modo que sea, porque es tanta la estima y el aprecio en que tienen la palabra dada, que consideran una de sus mayores calamidades e infortunios el no poder sostenerla; en la pérdida del padre, de la madre, esposa e hijos, parece que encuentran más pronto resignación y tranquilidad completa, que en la pérdida de la faz moral. Al hacedor o causante de semejante descalabro no le perdonarán jamás aunque se humille y trate de dar una satisfacción completa ¡Y cuánto menos cuando el vencedor se aprovecha del triunfo para engrandecerse y mostrarse superior en todo a su rival! El vencido jamás se humilla al vencedor; y si encuentra ocasión propicia de buscar el desquite, entra de lleno en la lucha sin considerar el resultado adverso que pudiera tener.

La nueva contienda no ha tenido otro origen, ni génesis que el expresado anteriormente: la soberbia de unos, el amor propio de otros y las desmedidas ambiciones de todos ellos. Chang Tso Lin

no respiraba más que por la herida que le produjo su rival Wu Pei Fu y vino preparándose para buscar el desquite de su tremendo descalabro. Lu Yung Hsiang, haciendo causa común con los maltrechos restos del Club Anfu, no ha hecho más que seguir los dictámenes de su jefe Tuan Chi Jui, a pesar del pacto que tenía establecido con el general de Nanking Chi Hsich Yuen de no movilizar sus ejércitos, ni romper las hostilidades mientras no moviese el suyo el de la capital del sur de China; pacto que tuvo valor y eficacia durante las elecciones del actual Presidente Hsao Kun (1).

No han sido otros los móviles de la presente contienda, a lo menos por parte de los que han alterado el orden social, tan quebrantado por el estado semianárquico, que venía imperando, desde la caída del carcomido imperio de los mandchúes.

El paganismo en la práctica quiso santificar ya en la antigüedad la diabólica frase de que «la venganza era manjar de los dioses», y los naturales de esta tierra la tienen y la consideran tan obvia, natural y racional, que obran movidos únicamente por éste ideal; hasta el presente no han sacado otro a relucir, por creerlo el más noble y el superior de cuantos conocen, el único que puede llenar su ánimo mezquino y apocado. ¡Qué satisfacción tan grande experimenta el chino que logra ver a sus pies a su adversario! Esto que desarmaría a cualquier europeo bien educado y le movería a compasión y a perdonar generosamente a su enemigo, sirve por el contrario a los indígenas de este país para achicar y anonadar más a su vencido. ¡Cuán cierto es que el miedo engendra la crueldad tanto como el valor la aborrece y detesta!

¿Vienen los opositores con alguna idea de grandeza a la lucha fratricida que han escogido para turbar la paz y tranquilidad de la nación? ¿Vienen llamados por el país porque no puede éste sufrir el pesado mando de Hsao Kun? ¿Vienen acaso a destronar alguna tiranía que sofoca y enrojece con su terror al paciente y sufrido pueblo de China? Todos estos ideales coonestarian de algún modo el alzamiento, pero no ha entrado en los cálculos de los opositores semejante motivo, ni siquiera ha pasado por sus mentes. Se han visto alentados por los endiablados soviets y se han creído fuertes con este auxilio para echarse al campo y desafiar al Gobierno constituido, que, aunque imperfecto y malo, sostenía el orden social a su manera y no creemos fuese mejor el que pudiera formar Chang Tso Lin o Lu Yung Hsiang. Y no nombramos al famoso Dr. Sun Yat Sen porque sería su régimen idéntico o peor aun que el que estableció el desgraciado Lenin en Rusia, con todos sus trastor-

(1) En la presente fecha ya no lo es.

nos, iniquidades y crímenes; porque si éste ganaba al primero en inteligencia, aquél supera a éste en malicia, si es que se puede superar al infierno súelto en su apogeo de maldades y diabólicas hazañas.

De los aliados el más formal y de más tesón es indudablemente el general Lu, pero se halla muy distante de poder formar un Gobierno responsable y serio, por ser subordinado de Tuan Chi Jui y no ser cabeza de partido, además de otros muchos inconvenientes. Sin embargo, durante el tiempo de su gobierno militar en la provincia de Chekiang dió muestras de tener dotes nada comunes de mando y puso a la provincia en condiciones excepcionales de adelanto y progreso. Pero no es lo mismo regir y gobernar una región cualquiera, sometida en absoluto a sus órdenes, que ponerse al frente de una nación, en la que fuera de su capital y alcance, hay otros muchos que ejercen una autoridad superior a la que puede ejercer el supremo magistrado desde el prominente lugar de la Presidencia.

A Chang Tso Lin no le abonan sus principios para dirigir tan vasto país; de bandolero escalar la primera magistratura no es la mejor garantía de gobierno, aunque en la historia de China no es el primer caso que se da de que un bandolero haya llegado a jefe del Estado. Y serviría de mal ejemplo, porque muchos de sus habitantes se mirarían en tal espejo. Cierto es que desde que cambió de posición ha dirigido y gobernado admirablemente las tres provincias de la Mandchuria, de las que ha venido siendo amo y señor indiscutible, y ha demostrado tener extraordinarias cualidades para ser autoridad, suprimiendo el bandidaje por completo y conservando el orden y la paz social de todos los pueblos a él subordinados. Además ha manifestado tener ideas sanas y patrióticas, abogando por la monarquía del país, ya que estaba visto que la República no satisfacía los deseos del pueblo. La lucha empeñada hace unos dos años, en mal hora para él, contra el prestigioso Wu Pei Fu, de la que salió maltrecho y roto su ejército, ha sido la causa motiva del actual rompimiento, poniendo la esperanza del éxito en la ayuda de sus aliados, pero la suerte está por decidir. Sus aliados no cuentan con el prestigio, ni con las tropas de combate que él se había figurado; razón por la cual no sabemos si estará ya arrepentido de haber tirado el guante de desafío a su encarnizado rival. Desde luego él se hallaba bien pertrechado de elementos de guerra, pero ignoramos si contaba o no con la cooperación eficaz, que va a resultar completamente estéril, de sus aliados. El peso, por lo tanto, de la presente campaña tiene que llevarlo, casi en absoluto, el mismo Chang Tso Lin. Si vence a Wu Pei Fu con los pertrechos de guerra con que cuenta y con la ayuda de los soviets rusos, puede darse por muy satisfecho. Supongamos por

un momento que el triunfo es suyo —nosotros lo dudamos desde que se tiró el primer cañonazo—, ¿qué es lo que intenta con su victoria? ¿No tiene otro motivo superior que el castigo de su antiguo enemigo? Pues en vano se derrama sangre generosa de hermanos. La baja-za y mezquindad no merecen que por ellas corra bárbaramente una gota de sangre noble. ¿Cuánto menos poner frente a frente ejércitos contra ejércitos de entre los que, muchos hombres llenos de energía han de pagar con la vida y muchos otros han de quedar mutilados o inútiles para siempre, por causas tan insignificantes como fútiles? Se comprende una guerra por el honor de un pueblo o por una idea elevada y brillante, pero no para satisfacer la vanidad de un individuo, sobre todo habiendo sido esa vanidad mortificada por culpa propia. No se olvide que él fué quien declaró la guerra a Wu Pei Fú y él fué quien movilizó primero sus huestes.

¿Quisiéramos saber, despues de esto, qué ideales nobles han movido a los aliados chinos para echarse al campo del combate? ¿Qué programa de régimen traen consigo o qué propósitos abrigan y les mueve al declarar la guerra al actual Gobierno?

Ejército *punitivo* llama el Dr. Sun Yat Sen a su ejército, ¿pero de qué y por qué? Por la sencilla razón de no estar él en la Presidencia de la Magistratura. No obedece a otra causa. El nombre de *punitivo* viene aplicando a sus ya mermaidas huestes desde que se divorció de Yuan Shi Kai, primer presidente de la República china. Chang Tso Lin no tiene más motivo —que nosotros sepamos— que el vengar su afrenta y derrota, y Lu Yung Hsiang el de rehabilitar a los miembros que formaron parte del Club Anfu, que huyeron a la desbandada al aproximarse a las puertas de Peking el ejército victorioso de Wu Pei Fu y se acogieron al sagrado asilo de la legación del Japón.

La actual situación de China no es *celestial*, ni halagüeña siquiera. Y el país está hecho un campo de agramante en el que las personas y cosas están fuera de quicio, en un verdadero revoltijo macabólico, donde se tiran unos a otros los trastos todos a la cabeza. ¿La pondrán en mejor estado los victoriosos, cualquiera que sea el partido triunfador? Mucho lo dudamos, pero ahora o nunca pueden hacer, después de la presente contienda, que China sea una y fuerte, y que esa unión sea sólida y compacta para poder atender a su bienestar y a la resolución de los muchos y difíciles problemas, que están esperando un hombre hábil y entendido para resolverlos. Pero surge el terrible problema de ¿quién ha de ser ese hombre de Estado? No hay hombres expertos de la talla de los de antes, a lo menos de entre los conocidos hijos de la revolución. Desde luego éstos no merecen comparación con ninguno de aquellos que produjeron el Imperio manchúe, aún en su última época de decadencia. Sin

contar a los ilustres políticos Li Hung Chang, Li Kung Yi y Chang Che Tung, porque ninguno de ellos alcanzó los días del establecimiento de la República, tenemos a Yuan Shi Kai que vale más que todos los hombres de la revolución que hundió el Imperio de los manchúes. Pero a Yuan le quitaron del medio los disgustos, o el veneno, como han creído y creen algunos. Quedan otras figuras secundarias, que son las que han entrado en la actual contienda, pero de éstas no hay mucho donde escoger. Nos quedaremos solamente con el presidente Hsao Kun y Chag Tso Lin. Este ha desmerecido y perdido mucho en el concepto de los extranjeros por el pacto o arreglo que debe de tener con los soviets de Rusia, quienes le están auxiliando con hombres y municiones de boca y guerra. Lu Yung Hsiang, si pasa a jefe de partido, por retirarse de la jefatura Tuan Chi Jui, ocupado en estudiar las doctrinas del Budismo, con más atención y devoción, que las de la política, no querrá competir con su aliado Chang Tso Lin, que será el que lleve el peso de la actual contienda, en el supuesto de que la suerte les sea favorable en la fratricida lucha que se está librando en el campo de batalla, porque de lo contrario no verán realizadas sus esperanzas. Sea cualquiera el vencedor, lo que conviene al país es que se saque provecho en beneficio del pueblo del triunfo conseguido. Si dejan pasar coyuntura tan favorable como la que se ha de presentar después de vencido uno de los ejércitos, no volverán a encontrar otra para unificar la República y establecer un gobierno formal, serio y fuerte que pueda entender en los problemas vitales de la nación.

Si de la guerra actual se derivasen consecuencias tan hermosas, bien podrían decir los naturales del país que hay una providencia especialísima que mira con interés y agrado por el pueblo chino, y no resultaría vana e inútil la sangre derramada. Mas es de temer que a la caída de unos se levanten otros muchos con aprestos y resolución para oponerse al vencedor, esto sin contar que los unidos o aliados por las presentes eventuales circunstancias, no se disgreguen como granos de trigo y formen tantos otros partidos como cabecillas vienen figurando en la entablada contienda. Por de pronto ni el general Lu, ni el Dr. Sun, renunciarán generosamente su partido, agrupándose al de Chag Tso Lin, en beneficio de una paz verdadera, sólida y estable, y quizás las huestes que dirige Wu Pei Fu, más homogéneas y más compactas en la actualidad, quieran conservar después la unidad de principios que las sostiene y alienta hoy día en unión y armonía.

Destruído y aniquilado uno de los combatientes pudiera haber una fundada esperanza —la única que han de tener a mano en muchos años— para la unificación de China, pero hay temores de

que el vencedor se entretenga en cosas fútiles y de menor importancia, dejando en el más profundo olvido el problema primero y principal que debiera preocupar a un gobernante patriota, quienquiera que éste fuese. De no realizarse este hermoso sueño, China continuará siendo una merienda de negros, de propios y extraños, dando lugar otra vez a que se familiarice con el estado semianárquico que ha venido dominando en el país desde que se proclamó el nuevo régimen republicano.

Hankow, 14 de octubre de 1924.